

***Eigenbeziehung*: fenómeno elemental y “autorreferencia de transferencia”¹**

Eigenbeziehung: elementary phenomenon and “self-reference of transference”

Por Martín Alomo

RESUMEN

El término alemán *Eigenbeziehung*, habitualmente traducido como significación personal, o autorreferencia, y los diferentes conceptos en los que es utilizado, varían de acuerdo al contexto en que es referido. A propósito de este término, el interés del trabajo se apoya en dos fundamentos que en la práctica clínica representan un mismo movimiento: por un lado, la búsqueda de precisión teórica y especificidad conceptual; por otro, el intento de dar cuenta de las consecuencias que puedan acarrear para la práctica tales puntualizaciones. Se caracterizan la *krankhafter Eigenbeziehung*, o significación personal mórbida; y, también, una autorreferencia de otro tipo, con implicancias clínicas diversas, que en el texto es nombrada como “autorreferencia de transferencia”. Por último, se consignan fragmentos de dos casos clínicos.

Palabras clave: *Eigenbeziehung* - autorreferencia - “significación personal mórbida” - Freud - Lacan

SUMMARY

The German term *Eigenbeziehung*, usually translated as personal signification or self-reference, and the different concepts with which it is used, vary according to the context in which they are referred to. As regards this term, the interesting point of this article is based on two fundamental points that represent one movement in clinical practice: on the one hand, the search for theoretical precision and conceptual specification; on the other hand, the intention to specify the possible consequences that can be caused in practice by such differences. Two relevant concepts are analysed here. One, called *krankhafter Eigenbeziehung*, or personal pathological signification. The other is another kind of self-reference which has different effects and which is referred to in the text as “self-reference of transference”. Finally, two clinical cases are presented.

Key words: *Eigenbeziehung* - self-reference - “personal pathological signification” - Freud - Lacan

INTRODUCCIÓN

En principio, trataremos de guiarnos por la siguiente postulación que realiza Lacan sobre el final de su escrito *Acerca de la causalidad psíquica*: “Ha sido suficiente considerar con reflexión algunas ‘ilusiones ópticas’ para fundar una teoría de la Gestalt que arroja resultados que pueden pasar por pequeñas maravillas; por ejemplo, prever el fenómeno siguiente: en un dispositivo compuesto por sectores pintados de azul y que gira ante una pantalla mitad negra y mitad amarilla, según veamos o no el dispositivo, o sea, por la mera virtud de una acomodación del pensamiento, los colores permanecen aislados o se mezclan, y vemos los dos colores de la pantalla a través de un remolino azul, o bien vemos componerse un azul-negro y un gris.

Juzgad, pues, acerca de lo que podría ofrecer a las facultades combinatorias una teoría que se refiere a la relación misma del ser con el mundo, si adquiriese alguna exactitud” (Lacan, 1946, p. 182).

Consideramos esta puntualización como una señal interesante para que en nuestro andar en pos de un problema tan específico y nodal, como es la *Eigenbeziehung*, podamos dar con referencias verdaderas en lo que hace a la relación del ser con el mundo, tal la mención de Lacan, y más aún: referencias verdaderas en lo que hace a la relación de la existencia del sujeto, en un nivel ontológico que tome de base la relación del ser con el mundo.

Hemos de aclarar rápidamente que el presente trabajo pretende tener ca-

racterísticas de un escrito psicoanalítico, teniendo como horizonte de referencias a la experiencia clínica. No es la intención construir un “artefacto” filosófico. Pero sí hemos de reconocer, siguiendo también en esto a Lacan -en relación a lo que menciona como algunas críticas que le han formulado- que algunas veces es necesario adentrarse por estos caminos: “No es culpa mía, como se suele decir, si el psicoanálisis cuestiona en el plano teórico el deseo de conocer, y si, en su discurso, se sitúa así él mismo en un más acá anterior al momento del conocimiento. Ello por sí solo justificaría tal cuestionamiento, que da cierto tinte filosófico a nuestro discurso” (Lacan, 1962, p. 67).

Y para dejar en claro su posición respecto de cómo es necesario encarar la investigación de lo que es propiamente analítico, continúa diciendo en la página siguiente: “Por eso no creo apartarme ni por un momento de nuestra experiencia si mi discurso recuerda que en su interior se pueden plantear todas las preguntas, y que es preciso que mantengamos la posibilidad de cierto hilo que nos garantice al menos que no hacemos trampa con lo que es nuestro propio instrumento, es decir, el plano de la verdad.

Ello requiere una exploración que no sólo debe ser seria, sino incluso, hasta cierto punto, exhaustiva, incluso enciclopédica” (Lacan, 1962, p. 68). De tal forma, y con estos puntos de partida, comenzaremos a situar algunas puntualizaciones en relación al concepto de *krankhafter Eigenbeziehung*, significación personal mórbida, tal como lo aísla Clemens Neisser (Neisser, 1891, p. 88).

***Krankhafter Eigenbeziehung* o significación personal mórbida**

Clemens Neisser, psiquiatra alemán que “ha pasado, más bien, sin pena ni gloria en la historia de la clínica mental (...) ejerció la medicina mental en la institución psiquiátrica de Leubus entre 1886 y 1902; ocupó durante dos años la dirección del hospital de Lublinitz, y a partir de 1904 la de Bunzlau...” (Álvarez y Colina, 1997, p. 81). En su afán por establecer diferenciaciones claras en las conceptualizaciones clínicas, Neisser encuentra en la significación personal mórbida “el síntoma cardinal de la paranoia”. Señala a este fenómeno como un invariable para todos los casos: “Este proceso mental defectuoso se manifiesta en la manera de interpretar de los enfermos, al margen de las emociones y sin saberlo ni quererlo, las representaciones ofrecidas a su conciencia como *algo especialmente relacionado con su propia persona*. La observación clínica nos enseña que esto ocurre realmente y sin excepciones aunque no constantemente con la vivacidad indicada” (las cursivas son nuestras) (Neisser, 1891, p. 87). Dice entonces Neisser: “...las representaciones ofrecidas a su conciencia como *algo especialmente relacionado con su propia persona...*” A este mismo fenómeno, es decir, al hecho de que el enfermo relacione con su propia persona las representaciones ofrecidas a su conciencia, es a lo que él decide llamar *krankhafter Eigenbeziehung*, a diferencia del *delirio de observación*, de Meynert, o del *delirio de relación*, de Wernicke (quien fuera su maestro en Breslau). Hemos de reconocer en

este movimiento, un mérito importante en relación al telón de fondo que hemos establecido, y que no es otra cosa que las relaciones del ser con el mundo. Explica Neisser cuáles son sus motivos para utilizar el término de significación personal, en lugar de delirio de observación: “...en tercer lugar, (prefiero la otra denominación) porque el término “delirio de observación” podría llevar fácilmente a una concepción errónea, como si interviniera una reflexión consciente. Pero ese no es el caso, ya que para el enfermo, subjetivamente, *se trata de realidades inmediatas de la experiencia.*” (las cursivas son nuestras) (*Ibid.*, p. 88).

Podemos observar cómo en los términos que hemos destacado, “reflexión conciente”, y “realidades inmediatas”, apoya Neisser su nueva nomenclatura. Queda claro, en su movimiento, que le interesa especificar cierto estatuto que de otro modo -en las otras nosografías, por ejemplo- queda desdibujado. La significación personal o referencia propia² que Neisser encuentra, es del orden de lo inmediato, y no da derecho a suponer una mediación por un recurso a la reflexión conciente.

Respecto de esto último, es interesante señalar la importante diferencia que traza en relación a su maestro Wernicke, quien acuñara los términos “delirio de relación” y “delirio de relación retrospectivo”. Para estas ideas, que remiten a lo más anecdótico y simple, podríamos utilizar también el término de inmediatez. Sólo que en el contexto en que están descritas, no está contemplada esta diferenciación por su autor. Por esto mismo, el tér-

mino "delirio de relación" puede venir a estar definido solamente por el hecho de que aparezcan relaciones sociales, es decir, el plano relacional habitado por otros personajes (pero no el "plano relacional" elevado a la categoría de concepto, sino en lo inmediato). Y cuando estas relaciones se distorsionan en el sentido de que esos otros se tornan hostiles para con el enfermo, invariablemente, esto define la nomenclatura (evitamos decir concepto). Respecto de esto último, Kretschmer no es distinto: solamente agrega un subrayado especial a la predisposición que estaría dada por una personalidad sensitiva. Pero esta falta de diferenciación de niveles conlleva una contradicción insoslayable. Nos referimos a la clasificación de "delirio de relación retroactivo". Este término vendría a nombrar a aquellas tramas de tinte hostiles o persecutorias para el enfermo, que fueran construidas por éste en un momento ulterior a la crisis aguda (Wernicke, 1900). En realidad, podemos ver que no importa posterior a qué, pero -retomando la alegoría de Lacan- notamos que aquí a Wernicke se le confunden figura y fondo en su Gestalt, y pareciera que su pensamiento quedara acomodado para ver un efecto de mezcla, una ilusión.

Neisser, para aclarar más aún su postura, señala: "...la significación personal aumentada es la expresión psíquica inmediata del trastorno patológico; es un síntoma patológico primario o directo". En este mismo párrafo, pero como primera proposición, introduce este autor su adscripción respecto de las categorías de lo primario y lo secundario: "El sistema delirante

es, pues, un producto secundario de la enfermedad, gestionado en su engranaje, a menudo muy complejo, por un trabajo psíquico normal..." (Neisser, 1891, p. 88). Al respecto, nos interesa puntualizar alguna diferenciación. Dada la intención de este autor, podemos ver cómo luego, en la presentación de los tres casos que comunica, esta diferenciación entre primario y secundario puede ser utilizada para reforzar el señalamiento de la significación personal **mórbida como síntoma patognomónico** de las paranoias, por su permanencia, indistintamente de la presencia y -en tal caso- de los contenidos de los sistemas delirantes. Sin embargo, y para ir llevando las cosas para el lado que nos interesa -esto es para lo que el psicoanálisis puede hacer con esto- decimos que lo primario en psicoanálisis es otra cosa, y que más bien es impropio hablar de secundario.

Lacan mismo es quien señalara en más de una oportunidad (v. g. *El Seminario 3*, y "De una cuestión preliminar...") la correspondencia de lo estructural entre el fenómeno elemental y la estructura toda, ya que se trata de una lógica estructural. Si bien Wernicke -ya que no Neisser- piensa que los elementos discretos por la operación de la *sejunción* (separación, desprendimiento) podían ser "amontonados" en un "delirio de relación retrospectivo", por ejemplo, y ser conceptualizado esto como una "construcción delirante secundaria", desde una lógica analítica esto es impensable. En primer lugar, no existe la posibilidad de algo así como una retrospectión que sintetice desde alguna instancia otra a la que constituye el

mundo del enfermo, elementos dispersos integrados en una estructura de relato; relato este que vendría a constituir una historia narrada desde un lugar diverso al desde dónde es presentada la sintomatología del paciente. Y -menos aún- que luego esto revista el carácter de una “construcción” secundaria, con todo lo ambiguo que esto trasunta (Wernicke, *op cit*). “Ser amontonados”, decíamos más arriba: justamente a esto remite la etimología de “construcción”. Pero el problema es que, tal como señala Lacan en relación a la creencia, en la paranoia falta uno de los términos (Lacan, 1964, p. 246). Del mismo modo, en este nivel de inmediatez y de inocencia, podríamos decir que falta uno de los términos para que haya una construcción, con todo lo que esto implica. Lo que implica en el análisis es, ni más ni menos, la presencia de un analista. Valga esto como ejemplo: es necesario otro término diverso al puro amontonamiento. Amontonamiento, en este caso, en un mismo nivel de inmediatez. Para una verdadera construcción, sería necesario un proyecto, y para todo proyecto -por ejemplo edilicio- es necesaria la tensión de líneas que converjan hacia un punto de fuga. Justamente, al faltar un término en el fenómeno de *Unglauben* típico de la paranoia (Lacan, 1964), este viene a ser la referencia que no hay.

Entonces, si pensamos en cómo es que funciona esta autorreferencia en términos significantes, en términos de un significante que se refiere a sí mismo, nos aparece la idea del significante autónomo, esto es, del significante que es mencionado en su valor

de uso, con lo cual no es usado como útil. Es decir, con lo cual no es usado en su valor de signo o señal, ya que es en tanto des-relacionado del contexto de referencias a las que habitualmente señala (esto dicho en un sentido heideggeriano), en tanto *útil a la mano* en un contexto de *mundanidad del mundo*, en relación a los entes intramundanos. En el caso del lenguaje, lo que habitualmente señala es un contexto de múltiples significaciones, lo cual es de un modo bastante particular: un significante representa algo para otro significante. Con todo esto, lo que ocurre es que el significante, habitualmente utilizado en su función de habla o de pensamiento aparezca como aparece un martillo, cuyo ser es martillar (el ejemplo es de Heidegger), que por alguna razón no funciona en su ser de martillar, es decir, no martilla. Esto hace que este útil se presentifique en su dimensión de cosa (Heidegger, 1927, p. 98).

Ahora, si además pensamos al significante que se refiere a sí mismo tal que su estructura sea la misma que propone Jakobson para sus *shifters* (Jakobson, 1957), cuya utilidad es señalar, pero señalar no otra cosa que la posición enunciativa desde dónde es puesta en uso la lengua en cada acto de habla, propongo que pensemos lo siguiente: En el acto de habla en que el *shifter* Yo demarque la puesta en uso desde ese pronombre, es necesario que en el caso de que ese Yo, además de ser marca enunciativa, quiera ser realmente la puesta en acto del discurso de aquel que lo pronuncia y que se nomina con ese pronombre, en tal caso es necesario que ese “*embragge*” (este término

intenta ser una metáfora mecánica), ese engranaje que viene a ser tal *shifter*, "engrane" entonces en un cuerpo. Esto es decir que ese Yo pueda, aunque sea por el momento que importa un acto de habla, "engranar" (al modo de un engranaje) en un cuerpo que está sustentado por un organismo viviente.

Lo que podemos observar en repetidas ocasiones es que cuando esta gramática del acto no puede ser realizada en el complejo cuerpo / texto / habla / enunciación, con lo cual un sujeto queda por fuera de la posibilidad de estar "engranado" a la cadena, aparecen algunos fenómenos de encarnadura del significante en el viviente que son bien crudos, y no siempre elegantes en su estilo. Nos referimos a las invectivas, a las alucinaciones verbales injuriosas. Esto funciona, evidentemente, ya no como recurso (en tanto alguien puede *recurrir a*) mas sí como respuesta que se impone, definiendo así un modo de la situación espacial, por oposición a cierta vivencia ligada de algún modo a la ubicuidad. Respecto del espacio, Kierkegaard nos dice lo siguiente: "...la ilusoria intuición de una nada infinitamente vacía. Esto es, por lo demás, el espacio..." (Kierkegaard, 1844, p. 103).

Y señala esto en contraposición a la sucesión del tiempo en tanto un antes y un después, es decir, en tanto secuencia. Por lo tanto relaciona los conceptos de espacio y de instante, en tanto quedaría por fuera de la secuencia del devenir temporal, a la vez que ligado a cierto imaginario -desde el psicoanálisis, pensamos en algo del orden del cuerpo- que el filósofo nombra como representación. Justa-

mente, a propósito de esta cuestión, Lacan discute con Henry Ey en su crítica a lo que llama "el órgano - dinamismo" de éste, en relación a que no sería posible, desde una perspectiva analítica, la dilucidación de una estructura psicótica a partir de las perturbaciones noéticas. Esto significa que no es posible establecer un diagnóstico de psicosis a partir de una relación de saber o no saber hacer el enfermo respecto de determinada praxis. Sobre todo, cuando esa praxis se encuentre determinada espacialmente por los mismos parámetros que son los del médico (que en el caso en discusión, es aquel, incluso, que ha determinado facultades y perturbaciones del enfermo con pruebas y *tests*). **Seguramente que en la conceptualización analítica de las psicosis ocurre algo con el eje espacial, pero es más bien del orden de lo que arriba, abajo, adentro, afuera, allá o acá, las palabras -las que haya en cada caso- alcancen, realizándose en un viviente la "espaciación" a partir de la injuria, la alucinación verbal -si las hay- o de otros puntos cardinales de ese hablar, que articulan la consistencia de un yo psicótico, a la autorreferencia del significante que, vuelto sobre sí mismo, viene a nombrar ("marrana", por ejemplo) algo que, del lado de ese yo, es vivido como incógnita (Soler, 2004, p. 112). Esta incógnita, por otra parte, no llega a ser interrogante. Decir esto, es lo mismo que decir que lo que hay allí es perplejidad, experiencia enigmática. También hay respuesta: es la del significante que ubica allí, en un organismo devenido espacio, una cosa llamada marrana, tal el ejemplo.**

Un problema posible de pensar es el hecho de que este uso de la “autonomía” -he aquí un neologismo- del significante pueda ser algo así como un proto-intento de salir de lo inmediato. En tal caso, cabría preguntar: ¿es posible que lo inmediato del significante, el ser tomado como significado del enunciado, se desdoble, produciendo algo así como una *Spaltung*? En caso de que así sea, en tal *Spaltung*, el hecho de que la autorreferencia sea según la modalidad de la nominación³ -que puede producir la división subjetiva-, o bien según la modalidad del fenómeno elemental psicótico, esto será función de lo que esté supuesto. O mejor aún, será función de si hay o no suposición.

En el caso de que no haya habido operación suposición, nos encontramos aún en el nivel de lo inmediato. Es este el nivel dónde Kierkegaard ubica a la inocencia. La inocencia como vivencia de lo puramente inmediato, sobre la cual es posible, incluso, el “hablar consigo mismo” (Kierkegaard, 1844, pp. 54-8). Pero, sin embargo, se trata de un “consigo” y un “mismo” bastante singulares, que a la postre van a revelarse un absoluto (desatado, suelto), ya que están fuera no sólo del conocimiento de la libertad, sino -y lógicamente- fuera de la diferencia sexual. En relación al ser y el mundo, se trata de un nivel óptico. Se trata del ente *en el mundo* relacionándose con la inmediatez de las cosas a la mano (Heidegger 1927, 11-50). Entonces, en relación a lo que venimos diciendo, la pregunta es: ¿Lo inmediato, entonces, puede ser nombrado desde lo inmediato, pero lo que ocurre es que no hay síntesis, en el sentido

de Kierkegaard (Kierkegaard, 1844, p. 54)? Es decir, ¿no hay el uno del rasgo unario, y por consecuencia no hay el tres? ¿En definitiva, lo que sí hay es el dos (por ejemplo del doble, del sosías)?

A la segunda pregunta, diremos que, efectivamente, se trata allí de algo que no se ha producido en el algoritmo inaugural de la producción de un sujeto, y que en un nivel pre-subjetivo, algo de lo que Lacan llama “insondable decisión del ser” ha dado en caer del lado de la insignificancia: esto es decir que no ha habido el uno que instaure la falta (no el uno de la síntesis, sino el uno de una falta) (Lacan, 1962, pp. 73-4). A la tercera, diremos que los fenómenos del sosías, recortados y señalados oportunamente por Sérieux y Capgras (1909), y la vivencia del doble, refieren indudablemente al dos. En cuanto a que no hay uno, es decir que no hay tres, en tanto y en cuanto la relación de terceridad aparece como el elemento que en su retroactividad marca un espacio vacío, estabilizando en el intervalo una ilusión, una creencia, o una fantasía (es por esto que el concepto de “creencia delirante” no puede ser nunca una creencia (*Glauben*), y tal como Lacan lo denuncia, termina por confundirse simplemente con el juicio erróneo, con el error y, finalmente, con la perturbación funcional). En cuanto a la primera pregunta, que si lo inmediato puede ser nombrado desde lo inmediato, allí tenemos un problema: si de lo que hablamos es de la experiencia psicótica, lo que no hay es desde. En este sentido, en la pura inmanencia de la experiencia, habría sólo eso que habla. Estas se-

rían las condiciones en que se encuentra la autorreferencia señalada por Neisser como *significación personal mórbida*.

"Autorreferencia de transferencia"

Sin embargo, también estamos en condiciones de identificar otra autorreferencia. Una autorreferencia diversa. Ésta sería necesaria, entre otras cosas, para la instalación del dispositivo analítico. Para señalarla y ubicarla, en principio, veamos cómo Freud se refiere a ella en la *Psicopatología de la vida cotidiana*, según la traducción de la edición de Amorrortu: "No hallo el nombre de un paciente que pertenece a mis relaciones de juventud. El análisis me hace dar un largo rodeo antes de brindarme el nombre buscado. El paciente había manifestado la angustia de perder la vista; esto evocó el recuerdo de un joven cegado por una bala; y ahí se anudó la imagen de otro muchacho que se había pegado un tiro, y éste último llevaba el mismo nombre que el paciente primero, aunque no tenía parentesco con él. Pero al nombre sólo lo hallé después que me hubo devenido conciente la transferencia de una expectativa angustiada, de estos dos casos juveniles, a una persona de mi propia familia.

Por tanto, una continuada corriente de 'referencia a sí propio' [*Eigenbeziehung*] recorre mi pensar; de ordinario no recibo noticia alguna de ella, pero se me denuncia a través de estos olvidos de nombres. Es como si yo estuviera constreñido a comparar con la

persona propia todo cuanto oigo sobre personas ajenas, como si mis complejos personales se pusieran en movimiento cada vez que tomo noticia de otros. Imposible que sea una peculiaridad mía individual; más bien, tiene que ser una indicación del modo en que en general comprendemos al 'otro'. Tengo razones para suponer que en otros individuos ocurre exactamente lo mismo que en mi caso" (Freud, 1901, p. 31).

Una autorreferencia de este tipo, decíamos, es necesaria -tal vez indispensable- para la instalación del dispositivo analítico. Y no sólo para la instalación, sino que el análisis mismo, para su marcha, para que el sujeto transite su tiempo de comprender, necesita de este vector que indica al sujeto como destinatario de aquello que se dice. Esto es aquello que hace que los significantes que van circulando en la ronda de los discursos, cuando de lo que se trata es de un contexto analítico, puedan ser -tales significantes- escuchados en algún momento por el consultante (en vías, tal vez, de ser analizante, o en aquel analizante en franco trabajo analítico) como dirigidos hacia sí. Incluso más allá de cuál de los dos cuerpos que soportan tal escena los haya proferido. Aunque, tratándose del significante, y dadas las propiedades de la cadena, éstos podrían incluso no haber sido vocalizados allí, en el consultorio. Basta que puedan ser escuchados. Pero, eso sí, este otro tipo de autorreferencia, una "autorreferencia de transferencia" podríamos decir, es muy diferente en su estructura a la *krakhaften Eigenbeziehung*. Aquí el significante que vuelve sobre sí, en

su bucle retrogradiente abre un espacio, un intervalo. Esto significa que no se trata de un efecto de cadena rota, sino de algo que por ahora -luego lo explicaremos- llamaremos cierto "efecto de libertad". Este efecto de libertad supone elementos, lo cual implica un nivel otro que el de la inmediatez, aunque más no sea esbozado como virtualidad, como potencia. Aunque no exactamente potencia, sino -para utilizar la palabra que usan tanto Kierkegaard como Heidegger- como *Möglichkeit*, como posibilidad. En un lenguaje más propio del análisis, diríamos que cierta posibilidad de efecto metafórico aparece en juego. Y el modo que tiene de aparecer este efecto es la *Spaltung*, la división subjetiva, que conlleva un efecto sorpresa y un enigma. El efecto metafórico, a nivel significante, produce la significancia. Pero a nivel de la significación, produce un sujeto dividido.

En lo que hace a la operación lógica de suposición, esta sub - yecta algo debajo. En este caso, se trata de los eventos nombrados con la fórmula Sujeto supuesto al Saber, analizados exhaustiva, exclusiva y secuencialmente en el algoritmo de la transferencia (Lacan, 1967). Se trata de una operación lógica de suposición, en la que en un mismo movimiento quedan supuestos (es decir, debajo de la barra) un saber inconsciente y un sujeto que sabe ese saber. Por supuesto, para que este algoritmo opere con consecuencias analíticas, es necesario que al lugar del significante cualquiera advenga un analista.

En cuanto a la expresión "efecto de libertad", en oposición al "efecto de cadena rota", que ha sido mencionada

más arriba para diferenciar ambos tipos de autorreferencia, es necesario aclarar el punto. Al decir "efecto de libertad" queda planteada la ocurrencia de un acontecimiento, o si queremos ser menos engorrosos con la terminología, se trata de que cierto evento ha ocurrido. ¿Qué es lo que ha ocurrido? Pues ha ocurrido la presencia de angustia, en tanto que en la apertura lo que es tambalea (en pos de devenir un *era*, aunque aún estamos en la apertura), y puede aparecer otro escenario sobre el cual aún no se hace pie (es decir, hay abismo aunque sea por un momento, y sabemos que un momento puede ser infinito -v. g. Zenón). Este es un momento en que aún la significancia no termina de ser el nuevo S2, o lo que es lo mismo, en que una nueva fantasía todavía no acaba de estabilizarse estructurando una nueva realidad. El "efecto de libertad", que conlleva el afecto de la angustia, implica la posibilidad de perderse, el sujeto, en su antigua consistencia de $(-\varphi)$, en relación a lo que era. Justamente éste, en calidad de *a*, es lo que cae: un desecho, un puro resto. Pero el peligro es patente: ese resto que cae, ese resto que se pierde como tal, es ni más ni menos que aquel objeto que era ese sujeto en un lógico antes que, en un salto cualitativo, cambia de estatuto, y es modificado.

En cuanto a lo que hemos llamado "efecto de libertad" para nombrar el temor, la falta de referencia, y la caída al abismo que implica la necesidad de un salto cualitativo para pasar a otro estado, lo que hacemos es poner la lupa en el momento de la división subjetiva, de la *Spaltung*, como mo-

mento clínico privilegiado en el contexto analítico. Respecto de la angustia, afecto que da el signo por su emergencia en tal situación, citamos a Kierkegaard: "La angustia puede compararse muy bien con el vértigo. A quien se pone a mirar con los ojos fijos en una profundidad abismal le entran vértigos. Pero, ¿dónde está la causa de tales vértigos? La causa está tanto en sus ojos como en el abismo. ¡Si él no hubiera mirado hacia abajo! Así es la angustia el vértigo de la libertad; un vértigo que surge cuando, al querer el espíritu poner la síntesis, la libertad echa la vista hacia abajo por los derroteros de su propia posibilidad, agarrándose entonces a la finitud para sostenerse." (Kierkegaard, 1844, p. 73).

En esta última idea genial del maestro danés, "agarrándose entonces a la finitud para sostenerse", encontramos un punto donde ubicar una referencia posible para aquella frase de Lacan, que no deja de ser enigmática, acerca de "la insondable decisión del ser". Se nos ocurre pensar que tal agarrarse a la finitud es, precisamente, el objeto de aquella frase. El objeto en tanto es aquello único que puede el ser, en la insondable decisión que debe afrontar, decidir: aferrarse o no aferrarse a un trozo de finitud. Si la decisión del ser hablante recayera sobre la primera posibilidad, tal vez podríamos ubicar allí una opción por una negativización del ser, y -como lógica consecuencia- un acceso posible a la falta en ser. Es una lectura posible. Veamos cómo lo plantea Lacan en sus términos: "Por último, creo que con el desplazamiento de la causalidad de la locura hacia esa insondable decisión del ser en la

que éste comprende o desconoce su liberación, hacia esa trampa del destino que lo engaña respecto de una libertad que no ha conquistado, no formulo nada más que la ley de nuestro devenir, tal cual la expresa la fórmula antigua: $\tau\epsilon\nu\omega\acute{\iota}, \sigma\tau\omicron\zeta \acute{\epsilon}\sigma\acute{\sigma}\acute{\iota}$ "⁴ (Lacan, 1946, p. 168).

En cuanto a la falta de referencia que Kierkegaard ubica en relación a la infinitud de posibilidades que implica la libertad, y de ahí la angustia, Heidegger va a coincidir. Aunque la ubique en relación a otro término. En su *precursar hacia un fin, temporaciando la temporalidad del tiempo*, es allí donde lo que aparece en relación a la angustia, es no la libertad, sino la muerte. Las palabras de Heidegger al respecto son: "... [la] esencial singularización en el más peculiar "poder ser" abre el "precursar" de la muerte como posibilidad irreferente..." (Heidegger, 1927, p. 334).

Heidegger, por un lado, introduce la angustia como lo que inquieta al hombre, y como lo único que puede sacudirlo para sacarlo de su inmediatez y de su fusión con las cosas del mundo. "La angustia abre la vía contraria, la del cuidado [*Sorge*], que lleva 'de la unidad del ente a lo abierto del ser' (López, 2004, p. 127). Citamos aquí el trabajo de Héctor López, quien a su vez -en su propuesta de cruce entre Lacan y Heidegger- citaba al maestro de Friburgo.

"Es por la vía de la angustia, el más radical de los sentimientos, que el *Dasein* puede revelarse como cuidado. No cuidarse a sí, sino ser él mismo cuidado. Sin la angustia el sujeto no tendría expectación, ni preocupación

para abandonar la identificación al uno mismo, a su existencia impropia como unidad imaginaria. La experiencia de la angustia divide y singulariza al hombre (...)" (López, 2004, pp. 127-8).

Nos interesa esta cita, no sólo por la seriedad del cruce propuesto, sino porque además, con el concepto de la angustia en el horizonte, este autor continúa en una articulación que es de interés para lo que venimos planteando, ya que produce una relación con las ideas de Kierkegaard que hemos invocado más arriba: "Resuena aquí el concepto kierkegaardiano de la angustia como la inocencia propia de ese estar en el mundo infinito del paraíso terrenal, angustiante precisamente por tener el hombre todo y nada frente a sí, y que requiere de un salto de esa inocencia a las diferencias entre el bien y el mal, para que la angustia devenga culpa y temor. Salto necesario ya que, si damos la palabra a Lacan, la culpa es lo que libera al sujeto de la angustia" (López, 2004, p. 128).

"Es por la vía de la angustia que el *Dasein* puede revelarse como cuidado", y es en este sentido que encontramos la especificidad de la clínica analítica, en el cuidado. En el cuidar de mantener la apertura, de modo tal de garantizar la existencia del sujeto. Esta respuesta es ensayada por Gabriel Lombardi, a propósito de la pregunta "¿qué significa curar?" El contexto es su trabajo sobre la clínica de las psicosis, y el movimiento propuesto es de la cura a la clínica. "Aquel de vosotros que esté sano que tire la primera piedra", dice Lombardi, discutiendo acerca del concepto de sa-

lud: "¿Quién de nosotros está sano?, ¿quién está seguro de estarlo? Aquel de vosotros que esté sano que tire la primera piedra. ¿Quién no necesita curarse diariamente?, y para ello estudia, trabaja, se preocupa, hace actividades innecesarias, habla con otra gente. Heidegger supo hacer de esa inquietud, de esa cura incesante del hombre, su ser mismo, su ser ahí mientras vive. La *Sorge* heideggeriana no es otra cosa que la recuperación del sentido originario de los términos de los que derivan el griego terapéutica y su traducción latina que es cura" (Lombardi, 1999, p. 50).

Una cuestión que queda por aclarar es el problema del salto cualitativo, ¡nada menos! Un salto cualitativo que, en este punto, hemos de pensarlo juntamente con el concepto de acto. Y no es casual que mencionemos este concepto cuando veníamos hablando de la angustia, ya que, en palabras de Lacan, "actuar es arrancar a la angustia su certeza. Actuar es operar una transferencia de angustia" (Lacan, 1962, p. 88). Queda por aclarar el hecho de que tal salto cualitativo es aquel que permite pasar de un estado a otro, aquel que marca un antes y un después, el mismo que puede operar esto cuando de lo que se trata es de pasar del nivel de lo inmediato al nivel de lo mediado, o del nivel de la inocencia al nivel de la culpa, o del plano de lo óptico al plano de lo ontológico. Pero, en lo que al sujeto del psicoanálisis se refiere, podemos hablar de dos tipos de salto cualitativos (tipos que difieren en su estructura), y de los cuales hemos venido hablando hasta aquí indiferenciadamente. Por

lo tanto, si no aclaramos esto, quedamos reproduciendo aquello que en una primera instancia denunciábamos, tomando posición detrás de Neisser por oposición a Wernicke, o detrás de Lacan por oposición a Ey.

Es evidente que en el análisis se producen cambios, y que los cambios analíticos implican cambios cualitativos, saltos. Sobre esto no hay duda. Pero sí es necesario establecer una diferencia: una cosa es el salto cualitativo de un analizante, que puede incluso dar testimonio a posteriori, y comentar cuales han sido sus principales modificaciones en lo que hace a sus posiciones subjetivas. Otro muy diverso es el salto inaugural, podríamos decir, por el cual un ser de la inocencia, un ser que vive puramente en lo que es, puede por vez primera *producir-se*, con la acentuación en el *se*, en tanto falo imaginario que, además, puede ser afectado por la marca de un menos uno. Es decir, un φ que puede devenir $-\varphi$, que va a poder ser afectado por la pérdida.

Para dejar zanjada claramente esta diferenciación, diremos que justamente en este punto es en el que Lacan se apoya, para, en su discusión con H. Ey acerca de la causalidad psíquica de la locura, señalar su posición. Cuando se refiere a si Napoleón se creía Napoleón, y justo antes de mencionar "la ley del corazón" de Alceste, dice lo siguiente, a propósito de la especificidad de la causación de la locura: "El momento de virar [se refiere a virar de no estar loco a estar loco] lo da aquí la mediación o la inmediatez de la identificación y, para decirlo de

una vez, la infatuación del sujeto" (Lacan, 1946, p. 161).

A modo de conclusión

A modo de conclusión, y como forma de aclarar y facilitar la lectura de este trabajo, proponemos a continuación un cuadro, muy simple en su afán clasificatorio, y que, tal como señalara Freud en su conferencia veintitrés a propósito de las series complementarias, **se corresponde convenientemente** con el estilo universitario. El contenido de éste no será fundacional como aquel otro, pero se esfuerza en ordenar algunos de los términos mencionados más arriba.

[ver cuadro página siguiente]

En los cuadros anteriores pueden verse dos tablas bien separadas, correspondientes cada una a dos tipos diversos de autorreferencia, tal como han sido nombradas a lo largo del presente trabajo. En el centro, y como montado entre ambas columnas laterales, aparece otro recuadro más pequeño. Lo que esta inserción del cuadro central quiere venir a significar, es que los elementos que se encuentran en él, o bien **funcionan como hito**, como un paso necesario lógicamente para el cambio de estatuto de un nivel al otro, niveles éstos que se hallan identificados como compuestos por los elementos dispuestos en las dos columnas laterales. O bien -tal el caso de la angustia- se trata de un elemento que es común a los tres recuadros, ya que no deja de estar presente en ningún caso.

<u>krankhafter Eigenbeziehung</u>		<u>“Eigenbeziehung de transferencia”</u>
Ser Ente Mundo Tiempo Lo inmediato Inocencia Angustia <i>Urbild Ich</i> <i>Verwerfung</i> Fenómeno del sosías / el doble Identificación total	Salto cualitativo <u>Eigenbeziehung</u> Acto <i>Verleugnung</i> (en tanto estructura del acto) Angustia Nuevo Acto Psíquico (v.g. Freud)	Existencia <i>Dasein</i> Mundanidad Temporalidad Lo mediato / mediado Culpa Angustia <i>Urbild Ich f(-φ)*</i> <i>Verneinung</i> <i>Ein Eizigner Zug</i> Identificación a un rasgo * Léase como <i>imagen primaria del yo</i> afectada por la función <i>menos phi</i> .

En cuanto a la inclusión en las tablas de los términos *Verwerfung* y *Verneinung*, es necesario volver sobre este punto. La *Verwerfung* queda del lado de la *krankhafter Eigenbeziehung*, en tanto se trata aquel de un mecanismo psicótico princeps. En cuanto a la *Verneinung*, se trata -evidentemente- de una operación del orden de la existencia, en tanto existencia del sujeto. El advenimiento del sujeto por vía de la negatividad, el *no* como estructurante de un espacio diverso, es propio de la existencia de un campo subjetivo que presupone otras instancias. Lo que se torna necesario dejar bien en claro es el hecho de que no es necesario ni universal el atravesamiento de la primera columna a la segunda, pasando por el recuadro central, al modo de un algoritmo, o conforme a una *dianoia*. Más bien, lo expuesto aquí muestra un corte transversal, instantáneo, que ubica y ordena los elementos que han sido objeto de este trabajo. Sobre todo, cabe aclarar que por más que este trabajo quisiera proponerlo -y tal no es el

caso- si de la *Verwerfung* que se trata es de la del Significante del Nombre del Padre, continúa siendo imposible a partir de ningún salto cualitativo acceder al estatuto que está supuesto y sobre el que se apoyan los elementos de la columna de la derecha. En cambio, sí hay algo que resulta común a todas las instancias. ¿El único de estos elementos que resulta asequible a todos parece ser la angustia, decíamos? Sí, mas no solamente. La *Eigenbeziehung* también aparece repetida en los tres cuadros. A la izquierda, como significación personal mórbida; a la derecha como “autorreferencia de transferencia”. En cambio, en el cuadro del centro, la ubicamos a cuenta del acto, de ese significante que vuelve sobre sí mismo (significante autónomo), en un efecto de autoaplicación⁵, que en el acto se nombra a sí mismo y -además- es puesto en acto, con todas las consecuencias que esto implique (siendo aquellas que más nos interesan, sino las únicas, los avatares de la subjetividad, sujeta a nuevos efectos provenien-

tes de la "movilización estructural", del cambio que el acto importa).

Dos casos clínicos

Para identificar mejor los dos tipos de autorreferencia mencionados en el título, comentaremos sumariamente algunos momentos pertenecientes a dos tratamientos transcurridos tiempo atrás en los consultorios externos de un hospital de salud mental de esta ciudad. Casos que quien escribe ha tenido la responsabilidad de conducir.

Uno de estos casos -supongamos que la paciente se llama Clara- llegó al servicio de consultorios externos de modo espontáneo, y constituyó su motivo de consulta en una crisis de angustia. Una vez que empezara a hablar, entre llantos, la paciente pudo contar que desde hacía casi un año se sentía angustiada habitualmente, e incluso estaba acostumbrada a recurrir a psicofármacos, que alguna vez algún médico de alguna guardia le había recetado, y que de algún modo ella seguía consiguiendo (se trataba de *clonazepam*). Clara tiene un hijo de diecisiete años, y dice estar muy preocupada por los problemas de adicciones a sustancias que éste presenta. La problemática de su hijo es un núcleo importante de angustia. Pero este tema, inmediatamente, la lleva a otro. La angustia por la situación de su hijo se transforma rápidamente en reproches hacia éste. Luego de algunas entrevistas, le pregunto cómo había sido la concepción de su hijo. Aparece entonces un tema que se transformaría en nodal: Clara decidió por su cuenta embarazarse, sin consensuar el acuerdo con su pareja de

entonces, quien no quería tener hijos. El engaño fue sencillo: mentir acerca del uso de un método anticonceptivo. Lo llamativo de sus dichos respecto de su hijo es que están constituidos por quejas, donde éste aparece siempre como un personaje malo y desconsiderado, que no la escucha e incluso goza desobedeciéndola, y "mintiéndome para salirse con la suya", dice. "Mintiéndome para salirse con la suya", digo. A partir de esta intervención, Clara puede escuchar algo en relación al lugar disponible para el Otro, e incluso puede ubicarme en el lugar del Otro de la transferencia, en el sentido de un Otro a quien confiarle sus enunciados más comprometidos, dando cuenta de alguna suposición mediante. Esto fue constatándose en la aparición, en entrevistas posteriores, de preguntas del orden de "¿cómo me verán mis amigas?; ¿y mis compañeras de trabajo?". En definitiva: ¿Quién soy yo para los otros? Interrogantes estos que, desde lo fenoménico, hacían que su angustia hubiera mutado en preocupación en relación a cierto *ser social*, podríamos decir. Interrogantes, además, que no estaban presentes antes de la intervención señalada.

Luego de varias entrevistas, y del establecimiento de una transferencia analítica -supone que hay un saber que desconoce, pero que le concierne en su subjetividad, y pretende encontrarlo en el contexto del tratamiento-, aparece una nueva preocupación. Clara había empezado a sentirse un poco mejor, la instalación del vínculo transferencial había hecho que cediera la angustia, y comenzaban a surgir

otras cuestiones, relativas a lo que su hijo representaba para ella. Las respuestas que venían haciéndose cada vez más insoslayables lo dejaban a éste en el lugar de una droga. Más precisamente, de una droga antidepresiva: “yo creo que lo tuve a mi hijo porque estaba deprimida, bajoneada...”, etcétera. Comenzaron también a aparecer otro tipo de enunciados, vinculados a los ojos, a la vista y a la mirada: “Yo lo veo a él y veo mis ojos en sus ojos, yo estoy en su lugar”. A lo cual la intervención es: “¿Y si usted está en su lugar, en su lugar quién está?”. Como efecto surge un silencio distinto en el consultorio, y también son distintos los enunciados que se hacen escuchar luego, claramente resistenciales, que evidencian el peligro que corre la continuidad del tratamiento: “mis amigas del gimnasio... mis compañeras del trabajo... todas saben que vengo al psicólogo... pero me moriría de vergüenza si saben que vengo al *manicomio*... tengo miedo que piensen que soy una loca... no sé cómo me verían, qué van a decir de mí... No sé si dejar la terapia...”

Por ahora, dejaremos aquí este fragmento de tratamiento, y pasaremos a otro. Nos reservamos para el final los comentarios comparados de ambos. Marta es una paciente que llega a mi consulta luego de haber estado algunos años en tratamiento en el servicio, y de haber sido atendida por un colega en un momento anterior. Luego de habersele vencido el plazo institucional de duración de tratamientos, pasó un tiempo en atención psiquiátrica solamente, y tuvo posibilidad de recontractar con el servicio un nuevo espacio de psicoterapia individual, tal

como se llama el dispositivo institucional en tanto oferta de salud pública.

Lo primero que me impresiona de Marta es su nivel intelectual y su capacidad discursiva. Su capacidad para construir proposiciones ricas y complejas de modo coherente denota una riqueza de recursos lógicos y, aparentemente, la posibilidad de disponer de ellos. De todas maneras, no transformamos en conjeturas esas impresiones, y continuamos escuchando lo que tiene para decir. Con su estilo pausado y elegante, me entero de una tormenta en Mar del Plata, ocurrida hace ya unos dieciocho años, momento en que Marta veraneaba en aquella ciudad en compañía de su entonces marido (separados hace cuatro años al momento de la entrevista), y de su hija recién nacida, apenas de meses. Fue en aquella madrugada, cuando un estrepitoso rayo iluminó la noche y sacudió hasta las entrañas el ser de Marta. Después de aquello, nunca dejaría de escuchar voces. Esto es lo que ella tiene para decir respecto de cómo empezó su enfermedad. Además, en cuanto a preocupaciones cotidianas actuales, comenta que tiene ataques de pánico. Dice que se le dificulta respirar, y que tiene temblores, y que esto le pasa cada vez que tiene que salir de su casa. Que tiene miedo de salir. Que a lo que le teme es a que la gente la mire en la calle. Dice que cuando ella pasa, los que pasan la miran y le dicen cosas. Cuenta, al tiempo que su relato se tiñe con el color inequívoco del peso injuriante del fenómeno elemental, que ella no los ve mover los labios, porque o miran hacia el suelo cuando lo dicen, o lo dicen luego de

que se cruzan con ella y quedan fuera de su campo visual. Pero lo que indefectiblemente le dicen es: "¡Loca!"; "¡Ahí va la loca del manicomio!".

Hasta aquí los fragmentos. Los recortes son muy sencillos, y casi no necesitan explicación. Llamen la atención por el contenido similar, por lo menos en lo que hace a ciertos fantasmas compartidos por algo que podríamos llamar la realidad colectiva o social, quizá del orden del prejuicio, que podría decirse así: *los que van al manicomio están locos*. Sin embargo, podemos observar rápidamente cómo en el primer caso, Clara se conecta con esta facticidad *a la mano* en el sentido común⁷. Mediado, en principio, por el conflicto. El conflicto entre continuar el tratamiento o abandonarlo. Sabemos, desde que Freud lo señalara hace ya cien años, que esto no puede ser otra cosa que un conflicto entre mociones provenientes desde distintas instancias. Además, este conflicto aparece mediado, también, por el lugar de las amigas: ¿qué van a pensar ellas de mí? Y finalmente, aparece mediado en el hecho de que, al contarle ésto al Otro de la transferencia, hace posible que éste disponga de la posibilidad de jugar un papel en todo eso. De hecho, luego de la situación mencionada, el tratamiento ha podido continuar durante dos años (tres años en total: un tiempo considerable dado el contexto institucional, lo cual ha sido posible mediante trámites de recontractación de la prestación que la paciente ha podido gestionar exitosamente). Tiempo durante el cual el lugar del Otro, y lo que el Otro piensa, y lo que el Otro del Otro piensa (aunque no exista), y qué lugar

hay para el Otro y otros, ha sido el tema nodal.

En cuanto al segundo caso, Marta se conecta con el hecho de ser una paciente del "manicomio", y como tal pasible de ser vista como "la loca del manicomio", pero falta allí la pregunta, que no es otra cosa que el paso inicial de una mediación posible: ¿seré vista como una loca del manicomio? Marta se topa con la respuesta, que le viene de fuera con todo el peso de la invectiva y, además, se le impone alucinatoriamente. Para el tratamiento, y partiendo de la base de que no hay Otro lugar, no disponemos aquí del lugar del Otro de la transferencia como conveniente para ponerlo en juego en el tratamiento, por lo menos no al modo en que hemos podido hacerlo en el otro caso. Algunos términos que a veces nos han servido para señalar posibles referencias a lugares diferenciados son los de adentro y afuera: decía tener temor de salir de la casa. Adentro, afuera, hospital, calle... estos términos aislados, como nombres de alguna topología aún desconocida... eso hemos estado intentando investigar: ¿hasta dónde -con los elementos que ella proponía en el lugar de la estructura donde estaba fijada, con sus propios significantes- hasta dónde sería posible desplazar los límites de su mundo, de modo tal que éste se ensanche; de modo tal que el aplastamiento sea menos pesado; que el fenómeno que se impone sea menos hegemónico? Durante los varios años que hemos trabajado juntos, con la paciente y con el equipo del servicio (múltiples dispositivos alternativos; entrevistas familiares; intervención psicofarma-

cológica), Marta ha logrado cierta estabilidad que le permite trabajar y continuar viviendo en su casa, sin necesidad de recurrir a la internación. Para terminar, podemos decir que -si bien al precio de un uso tal vez utilitario de las viñetas, y en ese sentido criticable- nos parece suficientemente ejemplificada la autorreferencia en los dos tipos en cuestión. En el caso de Marta se trata de la autorreferencia que Neisser llama *krankhafter Eigenbeziehung*, significación personal mórbida. En cambio, en el primer caso, el de Clara, se trataría de lo que hemos dado en llamar “autorreferencia de transferencia”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ÁLVAREZ, J. M. y Colina, F. (1997): “Presentación a la Disertación sobre la paranoia desde el punto de vista clínico de Clemens Neisser”, pp. 81-4, *Clásicos de la paranoia*, España, Ediciones DOR, S. L., 1997.
- CUYÁS - HYMSA, Diccionarios (1990), *Diccionario Alemán - Español*, Ediciones CUYÁS - HYMSA, Barcelona, 1990.
- FREUD, S. (1901), *Psicopatología de la vida cotidiana, Obras Completas*, Amorrortu, Buenos Aires, 1996.
- HEIDEGGER, M. (1927), *El ser y el tiempo*, México, Fondo de Cultura Económica, 2003.
- HEIDEGGER, M. (1950), “Lógos”, *Conferencias y artículos*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1994, pp. 179-99.
- JAKOBSON, R. (1957), “Los conmutadores, las categorías verbales y el verbo ruso”, *Ensayos de lingüística general*, Seix Barral, Barcelona, 1974.
- KIERKEGAARD, S. (1844), *El concepto de la angustia*, Ed. Libertador, Buenos Aires, 2006.
- LACAN, J. (1946), “Acerca de la causalidad psíquica”, pp. 142-183, *Escritos 1*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1985.
- LACAN, J. (1963), *El Seminario 10. La angustia*, Paidós, Buenos Aires, 2006.
- LACAN, J. (1964), *El Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Paidós, Buenos Aires, 2001.
- LACAN, J. (1967), “Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el analista de la escuela”, *Ornicar?* 1, Petrel, Barcelona, 1981.
- LOMBARDI, G., (1999), “De la cura a la clínica”, pp. 37-59, Lombardi et al, *La clínica del psicoanálisis 3: las psicosis*, Atuel, Buenos Aires, 1999.
- LOMBARDI, G., (1999), “La mediación de lo imposible (la frontera entre lazo social y delirio)”, *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, Vol. 1, pp. 157-184, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, 1999.
- LOMBARDI, G., (2003), “Detección y eliminación del sujeto en la lógica matemática”. En *Revista Universitaria de Psicoanálisis*, Vol. 3, pp. 161-204, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, 2003.
- LÓPEZ, H. (2004), *Lo fundamental de Heidegger en Lacan*, Buenos Aires, Letra Viva, 2004.
- NEISSER, C. (1891), “Disertación sobre la paranoia desde el punto de vista clínico”, pp. 85-112, Álvarez, J. M. y Colina, F., *Clásicos de la paranoia*, España, Ediciones DOR, S. L., 1997.
- SÉRIEUX, P.; CAPGRAS, J. (1909), “Las locuras rasonantes. El delirio de interpretación”, *Alucinar*

y delirar, Tomo 2, Stagnaro J. C. (comp), Ed. Polemos, Buenos Aires, 1998.

SOLER, C. (2004), "El llamado esquizofrénico", pp. 107-17, *El inconsciente a cielo abierto de las psicosis*, JVE Ediciones, Buenos Aires, 2004.

WERNICKE, C. (1900), "¿Cuándo ha terminado una enfermedad mental?", (Traducción: Marietán, H. y Piechocki, C.) *Alcmeón* 8, Revista Argentina de Clínica Neuropsiquiátrica, FACN, www.alcmeon.com.ar

NOTAS

¹El presente trabajo es un desarrollo posibilitado por la asistencia al seminario "Clínica Psicoanalítica II", dictado en el marco de la Maestría en Psicoanálisis de la UBA, durante el año 2006, por el Profesor Gabriel Lombardi. Para éste, mi agradecimiento: por el estímulo, por las ideas, por la bibliografía.

²*eigen*: propia; peculiar; singular. *Beziehung*: referencia; relación (en relación a...). Cf. Diccionarios Cuyás Hymssa Alemán - Español, Barcelona, 1990.

³Heidegger, a propósito de *ὀνομεῖν*, nombrar, dice lo siguiente: "Nombrar significa: llamar para que salga. (...) El nombrar (*ὄνομα*), pensado a partir del *λέγειν*, no es ningún expresar el significado de una palabra, sino un dejar-puesto-delante en la luz en la que algo está por tener un nombre". Vg. "Lógos". En *Conferencias y artículos*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1994, 193.

⁴"Llega a ser tal como eres".

⁵A propósito de las autoaplicaciones de un discurso sobre sí mismo, y de los hallazgos rarísimos que esta operación puede ocasionar (por ejemplo lo singular de una subjetividad), es que trata -en relación al discurso de la lógica matemática- el magistral artículo de Gabriel Lombardi "Detección y eliminación del sujeto en la lógica matemática", R.U.P. N° 3.

⁶Utilizamos el término "manicomio", aunque en realidad la paciente se servía del nombre del hospital. Esta aclaración es válida para cada vez que vuelva a aparecer en el texto la palabra "manicomio".

⁷Respecto de las diversas formas de mediación y sus visicitudes en relación a los tipos de subjetividades y a la posibilidad de su inserción en alguna forma de lazo social, cf. "La mediación de lo imposible (la frontera entre lazo social y delirio)", de Gabriel Lombardi, en R.U.P. N° 1.

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Maestrando en Psicoanálisis, Universidad de Buenos Aires. Docente de Psicología (UBA); Licenciado en Psicología (UBA); Ayudante de trabajos prácticos de 1º, "Psicología Clínica de Adultos", Cátedra I, Facultad de Psicología (UBA); Director de cursos de posgrado, Dirección de Capacitación en Salud, (GCBA); Psicólogo Becario Honorario, Hospital Moyano, Servicio de Consultorios Externos (GCBA); Becario de Investigación, Ministerio de Salud de la Nación.

E-Mail martinalomo@hotmail.com